

ASI LO INTERPRETAMOS

por MARTA VERGARA

Con González Vera fui bastante amiga en esa década del 20. Con él (y con Fernando García Oldini) teníamos largas conversaciones caminadas. Tal vez como Manuel Rojas era callado y algo hosco no hubo mayor base de amistad.

En la década del 30 yo andaba con los comunistas, los cuales no lo querían ni apreciaban demasiado y en nuestros raros encuentros Manuel Rojas seguía hosco y callado.

En la década del 40 ocurrió algo. Protesté por la expulsión de Marcos Chamudes del Partido Comunista y Manuel Rojas comentó en algún diario o revista mi ninguna protesta por la expulsión de Trotsky y de otros y que ahora la expresaba cuando me tocaban "a mi media naranja".

En la década del 50 volví a Chile. Manuel Rojas acababa de publicar "Hijo de Ladrón" y vino un día a retratarse al estudio de Marcos. Mientras posaba conversamos. Recogí entonces con diez años de atraso su reproche a mi silencio ante los procesos y purgas en la Unión Soviética. Repetí lo muchas veces explicado: nuestra lejanía, nuestra ignorancia, nuestra desinformación. No eran excusas. Le ocurrió incluso a militantes europeos como Artur London, el autor de "La Confesión".

Estos argumentos lo dejaron, indudablemente, pensativo y tal estado se reflejó, claro, en su rostro; el fotógrafo y su ayudante coincidieron en que cuanto le dijera a nuestro escritor había sido una gran cooperación en el proceso del retrato.

En la década del 60, después de un viaje a Estados Unidos y otros países, Manuel Rojas estuvo en Cuba y desde ahí escribió numerosos artículos para periódicos chilenos. Su identificación con el régimen, con Fidel, y en general con todos los sucesos de la isla nos dejó a nuestra vez muy pensativos. ¿No se había dicho que Manuel Rojas era anarquista? Al parecer se prolongó en él, como en todos los escritores llamados de izquierda, ese impulso de solidaridad con Castro, muy profundo en los comienzos de la revolución cubana. Sólo unos pocos, Sartre y otros, lo frenaron cuando el incidente Padilla empañó la imagen de una revolución pluralista en la literatura y demás artes. Manuel Rojas, de paso en Chile, se anduvo negando a creer lo que decía el cable. Pero creyendo o no creyendo siguió devoto del régimen.

El crítico literario de esta revista, M.C.G., comentó una vez el libro titulado "Gold Gotha", de Vilallonga, y entre las entrevistas una a un chauffeur cubano que definía la situación de su país diciendo: "Aquí estamos jodidos, pero contentos".

No sabemos si Manuel Rojas habría suscrito la primera definición (pues en el régimen de igualdad de los países socialistas los escritores suelen ser, como se dice, más iguales que otros y por tal motivo pasarlo mejor) pero, evidentemente, entraba en los contentos.

Más que esos fulgores anárquicos, al parecer exagerados por nosotros, que hacían suponer hostilidad en él ante cualquier poder estatal, y más aún cuando éste es dictatorial, había primado en sus reacciones la satisfacción de los pobres del mundo cuando creen llegada la hora de su triunfo.

¡Y vaya que es fuerte este alborozo! Después de la esperanza en el reino de los cielos no ha habido en Occidente otro mayor.

Manuel Rojas vivió demasiados años, sobre todo los primeros, los definitivos, los de la infancia y juventud a la intemperie y cuando encontraba trabajo la prosperidad le daba sólo para habitar un conventillo. El frío le quemó la cara y pasó hambre. "El vaso de leche" está lleno de lágrimas (Y como los revolucionarios no lloran, algunos compañeros han visto en éste un cierto melodrama).

Pertenecer a los pobres del mundo deja huella. A algunos les imprime un gesto señorial, de sobriedad auténtica. Es el de la gente engrandecida en la lucha inmensa con la vida. Estos son generalmente bondadosos. También recios. Pero no muy numerosos. Entre ellos



CELIOH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©
MANUEL ROJAS

Uno de aquellos que, soñando con la felicidad, han esperado sonrientes ser devorados por los leones.

veíamos a Manuel Rojas. En los más hay un sedimento que se juzga humano. Es la satisfacción de que haya otros que antes estuvieron bien y que ahora están mal.

No hace mucho un periodista polaco (no tengo tiempo de buscar su nombre) contaba en Estados Unidos, adonde había ido invitado por cualquiera causa, que cuando entraron los tanques a Checoslovaquia algunos intelectuales soviéticos y otros pocos más protestaron. Pero no los obreros. Que éstos solían murmurar sin que las autoridades se preocuparan mayormente porque sus protestas eran como las de los soldados en el ejército, cuando se quejan del sargento, del oficial y hasta del general, pero corren a formar filas a la primera voz de mando. Que en cambio estos obreros sentían, allá al fondo, si no satisfacción en todo caso indiferencia ante el castigo que caía sobre los intelectuales disconformes con el atropello a los derechos humanos, a la libertad de pensamiento, a la autonomía nacional y otras "leseras", como diría un chileno de su mismo rango.

Este sedimento "humano" de la pobreza no necesita murallas chinas ni muro de Berlín para separar a los que no tienen de los que tienen, o de los que tuvieron, pues aunque estos últimos ya no tengan siempre los pobres podrán recordar su esplendor pasado y el recuerdo les servirá para decir: "Nosotros lo estamos pasan-

do mal, pero también ellos". Y esto les ayudará a soportar con alegría las colas y el desabastecimiento.

¿Pertenece más Manuel Rojas a los pobres del mundo que a los intelectuales?; no diremos en ningún caso ajenos a la construcción de los poderes terrenales, porque éstos pueden tener aspectos positivos dignos de su aplauso, pero sí independientes para pensar y censurar cuanto a su juicio merezca la censura.

Que tomara el camino titulado reivindicativo de los humillados y ofendidos era casi fatal que así ocurriera. Su obra entera nos lo indica. No es que escribiera literatura política ni que en sus libros aparecieran llamados o consignas. Nada de eso. Ya hemos dicho que entre los intelectuales comunistas, hasta el año 40, que es el que puedo señalar, no era apreciado. Había quien lo consideraba un "buey triste". Pero a nuestro juicio ese paso arrastrado y melancólico, ese rumiar los acontecimientos con una lentitud que toma su tiempo porque ahonda y va de una cosa a otra con fatalismo resignado, aunque a veces dé un empujón o una patada, llevaba un sello que de no ser los compañeros tan sectarios lo habrían visto.

Nuestro Premio Nacional dijo una vez:

"El prosista no tiene por qué ser preciso: no es un filósofo ni un hombre de ciencia. Su tarea y su destino es hacer sentir, no hacer pensar".

Y fue fiel a su receta. Su expresión literaria, orientada a las fuerzas primitivas era tremenda. El personaje Pedro Lira de su cuento "Una carabina y una cotorra" es ejemplar de aquellos "que nunca harán nada digno de mirar o de considerar" según rezan las palabras con que inicia su relato. Es de los que buscan su escape, ignoramos si con registro de conciencia, enseñándole al pájaro a marchar, a atacar, a disparar. Le enseña hasta morir y también resucitar (Con esta resurrección de la cotorra Manuel Rojas se gana el elogio de un crítico marxista que ve en esta reincorporación a las filas de la recién difunta una imagen del invencible proletario).

Seguimos las gracias del ave verde fileteada de amarillo: la rapidez "de quien salta a un tren en movimiento" con que se encarama sobre el delfo del director para iniciar su número, su postura en trance, su compás de marcha; el redoble del tambor —a puro dedo— torna a su vez en supuesta realidad la fijección de caballos lanzados a la carga, los silbidos y las explosiones.

Es el desquite de "los que nunca harán nada digno de mirar o considerar".

A Manuel Rojas le penaba el mundo de los seres elementales. Fue largo el tiempo en que los viera vivir y oyerá razonar... a su manera. Quizás siempre fueron algo suyo y él, a su vez, algo de ellos.

Se dice que el hombre es un ser racional y se recalca con ello su diferencia con los animales. Es la razón legítima de su mayor orgullo. Pero es verdad también que la fuerza de anhelos reprimidos, subterráneos, que a menudo ni siquiera han llegado a la conciencia, son los grandes activistas de la historia.

Soñando con la felicidad se ha esperado sonriente ser devorado por los leones.